verdadera continuación. Si no considerando más que la materia bruta, la sangre es uniforme, lo cual ignoro, y de lo que no me cuido, falta mucho para que sea así moralmente. Todo hombre, por el sentimiento habitual que le anima, mancha ó purifica la ola que circula en él y hace de ella un licor vil ó generoso, capaz de una raza poderosa ó despreciable. La sangre modificada por el alma, modifica á su vez la forma orgánica del cuerpo; y el hombre, en virtud de su facultad propagadora, comunica á su posteridad esta forma interior de donde brota la fisonomía» <sup>1</sup>.

Pero hay, señores académicos, en nuestro caso una circunstancia especial que no debo pasar en silencio.

Se observa generalmente que el rostro del hombre es casi siempre el rostro de su madre; y si en alguna línea se separa, es sólo para tomar algún rasgo del padre que lo engendró. No teniendo, según la carne, padre el hijo de María, el rostro de Jesús debe ser idéntico al rostro de María. Y como no es posible concebir nada más bello en la creación material que la figura del Verbo encarnado, sería absurdo dudar de la belleza extraordinaria que hizo del cuerpo de la Santísima Virgen el tabernáculo terrestre de la Divinidad.

Ш

Por otra parte, la figura humana, lo más bello de la creación, está desfigurada por el pecado de origen. San Gregorio de Niza, dice que existe en el principio vital de cada cuerpo humano la tendencia á realizar cierto tipo individual de belleza, cuyo desarrollo está más ó menos impedido por diversas condiciones fisiológicas ó morales, tristes consecuencias del pecado original y de las faltas de los hombres. Y asegura que

<sup>(1)</sup> Conferencia LXV.

GRATIA PLENA

los cuerpos resucitados para la gloria quedarán libres de estas condiciones funestas, realizando entonces en toda su hermosura el tipo individual de perfección al que estaban primitivamente destinados.

Exenta María de todo pecado, tanto original como actual, es lógico deducir, que realizó, desde el primer momento, el tipo de suprema belleza á que Dios tenía, desde la eternidad, destinada á la criatura que había de ser un día su propia Madre.

¿Es acaso ilusoria esa belleza ideal que persigue, ó que debe perseguir, el arte en todas sus creaciones?

El arte griego, educado en la filosofía de Platón y de Aristóteles, después de buscar lo más bello en la naturaleza, se remontaba sobre el mundo material, para buscar la perfección mayor posible, el grado más alto de belleza.

Un pintor, decía Platón, que quisiese darnos la idea de la belleza presentándonos el retrato de una sola mujer, por hermosa que fuese, nos haría la imagen de una parte de la belleza, pero no de la belleza total y perfecta.

Proclo, su comentador, añade á estas palabras de Platón, que el dechado de la belleza absoluta no se halla en el mundo visible, sino que lo vislumbra el hombre en el fondo de su alma, donde la grabó el Autor supremo. Aristóteles, siguiendo la misma teoría, decía que los buenos pintores, cuando dán á las figuras sus verdaderas formas y proporciones, las hacen más hermosas de lo que son, porque toman por norma la naturaleza universal y no un solo individuo.

Fidias, al labrar sus magníficas esculturas, aseguraba que no le servía de modelo ninguna belleza humana, sino que procuraba imprimir en el mármol las perfecciones del tipo ideal que veía en su espíritu.

Entre los modernos, Leonardo de Vinci y Alberti, inculcan en sus escritos la necesidad de engrandecer y perfeccionar la naturaleza, buscando un ejemplar ideal de suprema hermosura.

Oid al artista de las tres almas, como llama-

ban á Miguel Ángel sus coetáneos: Desplegando, dice, las alas para elevarse á los cielos de donde ha bajado, el alma no se detiene en la belleza que seduce á los ojos y que es tan frágil como pasajera, sino que trata en su vuelo sublime, de llegar á lo bello universal.

¿De dónde sacas esas Virgenes? preguntaban al famoso Rafael. De *una cierta imagen ideal*, contestaba el inefable pintor de Urbino.

Es la imagen ideal que inspiró á Murillo y á Montañés para pintar sus Concepciones. Es la imagen ideal que trasladó Saxoferrato al cuadro del Amor Hermoso. Es la imagen ideal que convirtió Rembrant en Dolorosa y Tiziano en Virgen Solitaria; la que Giotino representa abrazada á Jesús en la hora de la sepultura; la que de rodillas copiaba en sus tablas el Beato Angélico; la que exaltó el genio de Rubens, de Velázquez, de Luis de Vargas; de Ribera, de Veronés y Juan de Juanes.

Para dar forma corpórea á esta imagen ideal que irradiaba desde toda la eternidad en el pen-

samiento de Dics, vo me figuro ver, bajo el solio del Eterno, aquel concurso de virtudes que se imaginó el piadoso canciller Gersón. Dios las evoca, y vedlas cómo acuden solícitas á la voz del Omnipotente. Allí está la Pureza. Blancas y vaporosas nubes forman sus vestidos. Su frente aparece coronada de azucenas... Trae en sus manos la primera materia de que ha de formarse el cuerpo inmaculado. Al lado de la Pureza está la Virginidad ceñida con su túnica más cándida que la nieve de los polos...; la Caridad envuelta en su manto de color de fuego; el Pudor que tiñe las mejillas de aquella criatura recién formada; la Afabilidad, que cincela sus labios y vierte sobre ellos tesoros de dulzura; el Candor que modela sus ojos dulcísimos y dá á sus dientes la blancura de los rebaños que pacen en las alturas; y á su boca la fragancia del nardo que brota en los huertos eternos; y á su talle, esbelto como la palma de Cades, la gentileza del Carmelo y la delicadeza del lirio de los valles... Pero abrid paso á otra virtud. Es la

Modestia, que llega presurosa y cubre tan suprema hermosura con el delicado velo de sus celestes encantos.

—¡Quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es! ¡Qué hermosa eres, amiga mía, cuán hermosa eres! le dice el Esposo de los Cantares, en aquel idilio pastoril, que ninguna poesía bucólica ha logrado imitar. Esa cabellera que adorna tu blanca frente me recuerda la nevada cumbre de Galaad, donde pacen todos los días mis rebaños ¹.

Tus ojos son más dulces que los ojos de la paloma <sup>2</sup>. Tus dientes como los hatos trasquilados que suben limpios de las aguas <sup>3</sup>. Son tus labios cintas de púrpura; y dulce y armonioso el eco de tu voz <sup>4</sup>.

Tus mejillas han robado su color á la grana-

da <sup>1</sup>. Tu cuello erguido, alto, y fuerte como la torre de David, que está adornada de baluartes, de los que penden mil escudos como arsenal inexpugnable y eterno. <sup>2</sup>

Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia han agotado, con amorosa emulación, los epítetos más bellos para expresar la hermosura de la Virgen María.

«Extremo de hermosura» la llamó Andrés Jerosolimitano <sup>3</sup>. San Jerónimo dijo, que en comparación de su belleza, no había en el mundo mujer que pudiera llamarse bella por extraordinaria que fuese su hermosura <sup>4</sup>. San Cirilo la decía: «Ornamento y perfección del universo, por quien el cielo se alegra y los ángeles se gozan» <sup>5</sup>. San Andrés Cretense: «Hermosura de Ja-

<sup>(1)</sup> Capilli tui sicut greges caprarum quæ ascenderunt de monte Galaad.

<sup>(2)</sup> Oculi tui columbarum.

<sup>(3)</sup> Dentes tui sicut greges tonsarum quæ ascenderunt de lavacro.

<sup>(4)</sup> Sicut vitta coccinea labia tua; et eloquium tuum dulce.

<sup>(1)</sup> Sicut fragmen mali punici, ita genæ tuæ.

<sup>(2)</sup> Sicut turris David collum tuum, quæ edificata est cum propugnaculis: mille clypei pendent ex ea, omnis armatura fortium. (Cap. IV).

<sup>(3)</sup> Serm. de Asumption et in Orat. Salut. Mariæ.

<sup>(4)</sup> Serm. de Asumption. á Tassis et Villaroel aduc.

<sup>(5)</sup> Fr. Pedro de Alva.

cob que Dios eligió y en la que habitó; y de la que como Esposo salió de su tálamo y nos renovó» <sup>1</sup>. Gregorio Nicomediense: «Hermosura la más bella de todas las hermosuras» <sup>2</sup>. San Juan Damasceno: «Hermosura de Jacob á la que sola escogió Dios para Madre, por lo que fué enumerado con los hijos del mismo Jacob» <sup>3</sup>. Juan Obispo Aretino: «Hermosura del género humano» <sup>4</sup>. Ruperto Abad: «Hermosura virginal» <sup>5</sup>. San Alberto el Grande: «Hermosura de la Iglesia» <sup>6</sup>. Isidoro Tesalonicense: «Hermosura de todo el orbe... Hermosura sacratísima la

más parecida á Dios» <sup>1</sup>. San Juan Crisóstomo: «Belleza divina que muestra en su semblante el carácter regio» <sup>2</sup>. San Germán: «Hermosura escogida para la Divinidad del Unigénito de Dios» <sup>3</sup>. Ricardo de San Víctor: «Belleza de Cristo, entre todas singularmente hermosa, á Cristo muy parecida» <sup>4</sup>.

«Es muy pequeña mi boca, dice San Efren, para hablar de Ti, ¡oh Virgen inmaculada!; no basta la lengua para exponer tus misterios. Faltan la voz y la palabra para cantar tu hermosura». <sup>5</sup>

<sup>(1)</sup> Pulchritudo Jacob, quam elegat Deus et in qua habitavit, et ex ipsa processit tamquam sponsus é thalamo et nos renovavit. (Cantic. Isai. Proph.)

<sup>(2)</sup> Pulchritudo pulcherrima om vium pulchritudinum. (Orat. de oblat. S. Dominœ in templo á Parentibus.)

<sup>(3)</sup> Pulchritudo Jacob, quam solam matrem Deus elegit, per quam cum ejusdem Jacobi posteris aunumeratus est. (in Paraclet B Mariæ Virginis.)

<sup>(4)</sup> Pulchritudo humani generis. (S. Joan. Episcop. Aretinus, trat. de Dormit. B. M. Virg.)

<sup>(5)</sup> Pulchritudo virginea. (Lib. 6 in Oseam Proph.)

<sup>(6)</sup> Pulchritudo Ecclesiæ. ¿Quid enim decoris Eclesiæ est,

quod nom inveniatur in María? (S. Albertus Mag. in Postill. sup. cap. 2 Luc.)

<sup>(1)</sup> Pulchritudo orbis universi... Pulchritudo sacratísima, expresisime referens Deum. (Isidor. Archiep. Tesalon in Orat. de land. magnæ Dei Matris.)

<sup>(2)</sup> Species divina regium caracterem aspectu præseferens. (Orat. 7. de S. Virg. Dei par.)

<sup>(3)</sup> Species electa divinitati Unigeniti Dei. (Orat. 1. in Dorm. B. M. V.)

<sup>(4)</sup> Species Christi singulariter præ omnibus speciosa, Cristique simillima. (Cap. 39 in exposit. Cant.)

<sup>(5)</sup> Os meum nimis exignum est, ut loquar de te; et liugua

«Los querubines con sus cuatro rostros no logran asemejarse á Tí; ni con sus seis alas los serafines pueden alcanzar tu belleza». <sup>1</sup>

«Apenas la regia Virgen, escribe San Bernardo, adornada con las lindas preseas de todas las virtudes fué conocida en el cielo, su hermosura extraordinaria inclinó el corazón del Rey que le envió un mensajero celeste».

San Dionisio Areopagita que tuvo la dicha inefable de ver á la Santísima Virgen, cuando aún vivía en carne mortal, escribió á San Pablo comunicándole la emoción que en su alma había producido la vista de aquella hermosura indescriptible; y he aquí sus mismas palabras: «Guiado por Juan (primero de los Evangelistas y de los Profetas) á la deiforme presencia de la al-

non sufficit ut mysteria tua exponat. Deficiunt vox et sermo ad narrandam tuam pulchritudinem.— (S. Ephræm Syrus, Himn. 17.)

tísima Virgen, me rodeó exteriormente tan inmenso y divino esplendor y se iluminó mi espíritu con tan plena luz;... envolvió mi ser tal fragancia de celestiales aromas, que ni el débil cuerpo ni mi espíritu pudieron soportar la ingente emoción de aquella felicidad inenarrable. Desfalleció mi corazón, desfalleció mi espíritu oprimido por la Majestad de tanta gloria. Protesto delante del Dios que en aquella Virgen habitaba, que si tu doctrina no me tuviese instruído, yo hubiera creído á la Virgen verdadero Dios». 1

Señores académicos:

Como se retrata en la superficie de un lago transparente la hermosura del cielo, así refleja el universo la belleza increada del Altísimo. Y si el mar no es bello por ser agua, sino porque refleja la inmensidad de Dios: si el verjel y el prado, el pensil y el bosque son bellos porque en la exhuberancia de sus árboles y de sus flores

<sup>(1)</sup> Quatruplici sua facie cherubim pares tibi sanctitate non sunt; seraphim sex alis instructi decori pulchritudinis tuæ cedunt.—(Ib. Ib.)

<sup>(1)</sup> Nota B.

descubrimos la inagotable fecundidad divina; si como canta el gran Maestro de la escuela mística española, al pasar el Hijo de Dios por los sotos de esta tierra, «con solo su figura, vestidos los dejó de su hermosura», ¿cuál será la hermosura de una Virgen en cuyo seno moró el Verbo del Padre y de cuya sangre se formó aquella figura divina que «mil gracias deriamando» dió nueva belleza v esplendor al mundo?

Gratia per Jesum Cristum, dice San Juan. 1
Pero Jesucristo es el hijo de María. Llena de Cristo, encerrando en su claustro maternal y virgíneo la fuente y el principio de la gracia; la gracia, Señores, no solamente llena el alma de María, sino que se derrama cual catarata de luz sobre su carne inmaculada, iluminándola y embelleciéndola de una manera sobrenatural y divina.

Dios te salve, Reina del Empíreo, Señora y Soberana de las celestes gerarquías. Ave Regina cælorum; Ave Domina angelorum.

Dios te salve raiz de toda virtud y principio de toda santidad. Ave radix. Puerta de oro, de la que recibe el mundo la luz que desvanece sus tinieblas, Dios te salve. Ave porta ex qua mundo lux est orta.

Goza en tu dicha inefable, gloriosa Virgen, la más hermosa de todas las vírgenes: Gaude virgo gloriosa, super omnes speciosa.

Adios, ¡oh criatura bellísima! Vale, ó valde decora. Et pro nobis Christum exora. Ruega por nosotros á Cristo tu Hijo y nuestro Redentor, á fin de que un día puedan nuestros ojos contemplar esa tu hermosura inefable que es la alegría y la gloria de los cielos.

AMEN

<sup>(1)</sup> Quia lex per Moysen data est, gratia et veritas per Jesum Christum facta est.—(Cap. I. 17).